

MANUEL LLANO

CARÁCTER

CUANDO

MARCHAN

LAS AVES



LIBROS DE SABLE, 1

Manuel Llano
Libros de Sable, 1
Primavera de 2010

Director de la colección: Mario Corral García.

Diseño y maquetación: Daniel Pérez Torralbo.

© Manuel Llano Merino.

© Para la presente edición: Consejería de Medio Ambiente
del Gobierno de Cantabria.

D. L.: SA 229 - 2010

MANUEL LLANO



LIBROS DE SABLE, 1

Primavera de 2010

ÍNDICE

Presentación	p. 7
Introducción	9
<i>Cuando marchan las aves</i>	11
<i>Carácter</i>	23
Glosario de montañesismos	43

PRESENTACIÓN

La colección *Libros de Sable* centra su interés en la narrativa breve que atiende a la realidad medioambiental cántabra, sean sus autores cántabros o no, pretéritos o actuales. Con esta iniciativa la Consejería de Medio Ambiente de Cantabria pretende difundir textos que pongan de manifiesto el nexo entre el mundo ideacional, de las ideas, y el mundo físico, demostrando que uno y otro forman parte de una misma realidad que todos compartimos y que a todos corresponde conservar y, en la medida de lo posible, mejorar.

La colección es de naturaleza digital, de ahí su nombre: por *sable*, en Cantabria, se entiende “arena de playa” y, por extensión, “arenal”. Los libros del arenal, así pues, son también libros de arena, libros de bits, libros compuestos por nódulos de información que, sin perder un ápice de su identidad, se relacionan entre sí formando un arenal tan extenso, una red de información tan vasta, como desee el lector.

Es nuestro deseo que esta colección ayude a dar continuidad a una forma de relacionarse con el entorno basada en el respeto, tal y como hemos heredado de nuestros antepasados y es nuestra obligación dar en herencia a las generaciones del futuro. Es un deseo que, estoy seguro, compartimos todos los ciudadanos cántabros.

Francisco L. Martín Gallego
Consejero de Medio Ambiente
Gobierno de Cantabria

INTRODUCCIÓN

Manuel Llano nació en Cabuérniga en 1898 y murió cuarenta años después, el primer día de 1938, tras la toma de las tropas franquistas de la ciudad de Santander. De origen humilde y formación autodidacta, comenzó a escribir a la sombra del costumbrismo y terminó inscribiéndose en la denominada literatura de avanzada, aquella que, aprovechando los recursos formales acuñados por las vanguardias del periodo de entreguerras europeo, los puso al servicio de un mundo más justo y solidario que germinó entonces y floreció, tras una larga espera, con el Estado Social y Democrático de Derecho constituido en 1978.

Los dos textos aquí recogidos, “Carácter” y “Cuando marchan las aves”, fueron publicados en *La Braña* (1934) y *Monteazor* (1937) respectivamente. Ambos reflejan el estrecho vínculo, íntimo, que por tradición existe entre el universo cultural cántabro y el entorno donde se proyecta, una relación de largo recorrido histórico construida sobre el respeto. Conservar no es asumir patrones de conducta o esquemas mentales de forma acrítica, muy al contrario, conservar es ejercer nuestra condición de ciudadanos, lo que supone intervenir para actualizar aquellos mecanismos internos que mantienen vivo el diálogo respetuoso entre seres humanos y medio ambiente. Así lo entendió Manuel Llano y, en correspondencia, así lo reflejan sus textos.

Mario Corral García
Director de la colección

CARÁCTER

Descubrió un nido de cuervos en un saliente puntiagudo de una peña, debajo de unos arbustos, en el fondo de una hoz, larga y estrecha. Un contento extraño le brincó en el corazón. Un contento más profundo que el que sentía en el pueblo cuando encontraba un nido de pinzones o de rentinas bulliciosas en una ramita, en una zarzamora, entre las hojas de unos mimbres blancos.

Todas las mañanas, poco después del alba, deja la braña¹ y corre hacia la hoz. Todas las mañanitas, todas las

1.- Braña (Del lat. *veranum tempus*, tiempo primaveral): Montañesismo.

Pastizal de altura asociado a un complejo pastoril compuesto por el *sel* o majada, lugar acotado o no, dependiendo de los usos del valle, donde pernocta el ganado, la choza del pastor y los *bellares* o lugares donde se aparta a las crías recién paridas o *bellos* de sus madres, además de otros espacios próximos, como los *midiajos* donde el ganado *midia* o sesteaa, o recursos naturales indispensables, tales como el arroyo o el bosque donde cazar, recolectar frutos, tomar leña para el fuego, etc.

mañanitas saltando por los brezos llenos de rocío. Cada amanecer le traía a la memoria el pico negro del cuervo, moviéndose inquieto, receloso, en el borde del nial². Y el rebullir de los pequeños corvatos que ya pronto tendrían todas las plumas de las alas y se echarían a volar detrás de los sus padres³ por los caminitos del cielo. Este pensamiento le llena de tristeza y le hace caminar más de prisa, con muchísima impaciencia. El vaquero⁴ se ríe de él y le cuenta mentiras de los azores, de los milanos, de las águilas. Una vez el pico de un azor sacó los ojos a una vaca porque el amo de la res le desbarató el nido. Otra vez un milano picoteó furiosamente los carrillos de un cabrero mientras dormía a la sombra de un árbol, porque una tarde le tiró con el palo cuando descansaba del vuelo en la quima⁵ gorda de un roble. Todas las noches le cuenta el vaquero enfados bárbaros de las águilas, de los cárabos, de los milanos. Pero él se duerme tranquilamente con mucha serenidad. Cuando los pájaros salen a ganarse la vida se refresca los sentidos en un remanso del torrente y empieza a caminar por entre los escajos llenos de rocío.

2.- Nidal / Nial / Ñal (Del lat. *nidus*, nido): Montañesismo. Nido.

3.- Esta construcción, que apenas conserva hoy el aliento, sin ser de uso exclusivamente familiar, transmite en el habla viva una gran cercanía con el interlocutor, también en época del autor.

4.- Los vaqueros son los pastores responsables del ganado en el monte, es decir, de aquél que *enveranga* o pasa los meses cálidos de la primera y el verano en los puertos de altura de acuerdo con un régimen ganadero extensivo también conocido como de palo y pastor.

5.- Quima (Del griego *kyma*, ola, onda, vía latín *cyma*, cima, culminación): Montañesismo. Rama de árbol.

Se va acercando la fecha en que los pájaros nuevos comienzan a volar. Ya maduran las fresas silvestres. Ya hay bulla de golondrinas en los aleros, en los portales de las iglesias, en los campanarios, en las cercas del valle. Unos soles más y los corvatuelos desaparecerán de la peña para aprender a dar picotazos en las crestas de las gallinas, en las cabecitas de los tordos y de los ruiseñores, en los ojos de las corderas. Estos pensamientos mortifican el ánimo del niño. Le dice al vaquero que quiere permanecer todo el día al pie del saliente puntiagudo de la peña, cerca del nial. Y el vaquero vuelve a relatarle iras memorables de las aves de rapiña. Picoteando la cara de las vacas, los párpados de los hombres dormidos, los ojos de las ovejas. Refresca los sentidos en el remanso del torrente y a los pocos instantes está en la hoz. El aire juega con las cogullas de los espinos, con las hojas brillantes y crespas de los acebos, con las flores amarillas de los escajos, tan apretados, tan verdes...

El pico del cuervo está apoyado en el borde del nial, como siempre, inquieto y receloso. Después eriza el plumaje, se estremece repentinamente, abre las alas y las vuelve a cerrar, tiembla de nuevo y otra vez levanta las grandes alas como para echar a volar. El niño está escondido y mira al saliente de la roca, inmóvil, sin hacer ruido con las ramitas, encogido, como si estuviera esperando a que pasara un peligro. Una sombra corre por el suelo

de la hoz, por las hojas de los arbustos, de las yedras, de los acebales. El sarruján⁶ contempla a otro cuervo que se posa a la vera del nido. El que estaba en el nial sale volando y la sombra de sus alas corre también por el suelo verde de la hoz, por las hojas de los acebales, de los espinos, de las yedras. Así se pasa todo el día. Viene la hembra y marcha el padre. Regresa el cuervo y sale la madre. Nunca se queda el nido solo. Cada vez que vuelve uno de los cuervos, las crías arman un gran alboroto y buscan con los picos abiertos el pico de los padres. Impaciencias del muchacho que ve alejarse la posibilidad de llevar las crías a la choza para domesticarlas y que sean como palomas negras en el campo de la braña. Desde su escondite ve declinar al Sol relumbrando. Y piensa que aquellas nubes que ahora están coloradas, antes eran negras y le parecían los mantos de todas las viejas que se han muerto. Los pájaros cantan tranquilamente los cantos de la tarde... Cuando regresa a la majada se encuentra con la risa del vaquero, que vuelve a relatarle todos los destrozos que hicieron los milanos y las águilas en los carrillos de los pastores...

Esta mañana sucede algo extraño en el nido. Los pequeños corvatos no cesan de chillar. El pico del cuervo se mueve con más rapidez de un lado a otro del redondel del nial.

6.- Sarruján (Quizá del latín *sub-regere*, no en el sentido de surgir, sino en el de regir de modo subordinado, aunque esta etimología no es del todo convincente): Montañésismo. Niño que trabaja como ayudante de pastor.

De vez en cuando da fuertes aletazos como si quisiera atemorizar a los hijos y contener su incesante rebullicio. Cada aletazo acalla los chillidos de las crías. Pero pronto empiezan otra vez con más estrépito, hasta que un nuevo aletazo, más fuerte, más violento, impone silencio y quietud en el hoyito caliente del nido. Después la cabeza del cuervo se estremece y su pico no cesa de moverse en el borde del nial. Otras mañanas antes de que el Sol ilumine aquella ramita torcida del espinar, ya había regresado un cuervo y se había ido el otro, se habían relevado unas cuantas veces, y los corvatuelos estaban muy apaciguados, como dormidos. Hoy sucede algo extraño en la vida de estas aves. No cesan los chillidos. Ya no bastan los aletazos para contener la algazara furiosa de los pequeños cuervos, que empiezan a picotear en las plumas del cuervo grande, primero con golpecitos débiles, muy lentos, cautelosos; después con más saña, con más prisa, con más energía. Los aletazos persistentes del cuervo son ineficaces. Tiene él también que picotear en las alas tiernecitas, tiene que mostrar su enfado removiéndose con coraje. Breve rato de tregua. Las crías se quedan quietas, amedrentadas, silenciosas. Pero pronto recomienza su rebeldía con un afán más ruidoso. Los picos vuelven a querer clavarse en la carne dura del cuervo. Éste contesta con rabia, eriza las plumas, picotea con enfado. Los hijos chillan de dolor. Después parece que se arrepiente y se deja maltratar inmóvil, con los ojos cerrados y las alas muy apretadas.

Piensa el sarruján que ha salido el otro cuervo muy de mañana, a buscar alimento para los hijos como todos los días. Las crías tienen hambre y el cuervo no acaba de volver. Por eso se impacientan y chillan y dan golpecitos en las alas del padre o de la madre que guarda el nido y no se atreve a dejarlo solo. Y cuando está pensando en estas cosas, ve que el cuervo, sin esperar a que regrese el otro, abandona el nido, volando hacia el poniente, con mucha furia en las alas, desesperado, como un hombre bueno que va a robar para que no lloren sus hijos hambrientos...

Las manos del niño se agarran a los salientes picudos y remellados de la peña. Es fácil llegar al nido por estos escalones naturales, llenos de grietas, de arrugas y de hoyitos. Una gran alegría llena el cuenco de su ánimo. Faltan cuatro o cinco salientes de roca para alcanzar el nido. Ya ve sus palos y sus yerbas secas, debajo de los arbustos. Le caen de la frente abundantes gotitas de sudor y sus carrillos están colorados. Ya le faltan dos salientes, el uno picudo y estrecho, el otro ancho y largo con manchas pequeñas de musgo. La hoz se ha quedado sombría en la parte que mira al oriente. Y la peña está iluminada de sol, la piedra está caliente y las yedras rebrillan. El último escalón abrupto, largo, de bordes remellados, porosos... Y los palos cruzados, secos del nial, con sus hierbas, con las cabecitas negras de los cuervos...

Una llovizna menuda que da a los senderos reflejo de estaño. Los regatos descienden por la lomba⁷ mojada cantando su romance. Mancha el niño muy contento, con las crías atotogaditas⁸ en la delantera de su blusa azul, con remiendos negruzcos. No cesan de chillar los corvatuelos en todo el camino, abriendo y cerrando los picos con presteza. Y él acaricia sus plumas finas, relucientes, estremecidas. Cae la llovizna menudita y brilla el sol. Cuando llueve y hace sol los pastores dicen que es sol de brujas⁹. Canta el monte sus canciones de hojitas verdes, de aguas cristalinas, de bosques sombríos... De los tejados de las cabañas salen serpentinas de humo negro y azul...

Marcha el sarruján muy diligente con sus cuervos y con su cayado, con los ojos muy alegres, sonriente, por entre la lluvia del mes de mayo. Y piensa que los corvatos, cuando crezcan, cuando tengan todo el plumaje, parecerán palomas negras, revoloteando en la braña, en el tejado de la choza. Después los llevará al pueblo y picotearán en el estiércol entre las gallinas pedresas¹⁰ y blancas. En el cuenco de su ánimo ya no cabe más alegría. Va pensando en la sorpresa del vaquero al verle llegar con los cuervos; y

7.- Lomba (Del lat. *lumbus*, lomo): Montañesismo. Loma.

8.- Atotogado / -au (Quizá de or. prerromano): Montañesismo. Arrebujado.

9.- Es ésta una creencia aún vigente.

10.-Pedresa: (Del lat. *petrensis*, lo que nace o vive entre peñas): Montañesismo. Raza de gallinas de plumaje barrado irregular con bandas blancas sobre fondo gris oscuro o negro.

en los parabienes de los otros sarrujanes, en las alabanzas que le dedicarán en el pueblo cuando la gente se entere de su valentía. Y en la risa de su padre y en las manos delgadas de su madre apretándole la cara suavemente... No cambiaría las crías ni por unos doblones para comprar un buen toro y unos borceguíes rojos y una pelliza como la de don Antonio el recaudador que es la pelliza más cara de todo el valle...

Un aire frío en la nuca y unos aletazos fuertes, rápidos, cerca de sus cabellos ásperos. Levantan los ojos y ve entre la llovizna menudita un gran cuervo que revuela precipitadamente, como si estuviera cansado, como si volviera rendido al nial y pasara al ras de un incendio, de un río ancho y alborotado... Corre el niño por entre el rozo y las árgoma¹¹. El cuervo vuela tras él. Siente en la nuca el aire que levantan sus alas. Las crías alzan los picos y chillan más de prisa, más sobresaltadas. Aletazos furiosos del cuervo que se acerca y empieza a revolotear alrededor de la cabeza del sarruján. A veces ve los picos de las alas casi en contacto con su frente. Después se aparta con unos aletazos desesperados y se acerca de nuevo al semblante del niño, descolorido de temor y de zozobra, barruntando ya al pico del ave clavándose en sus párpados, en sus sienes, en su cuello... Corre con más rapidez. No siente los escajos del rozo en sus pies desnudos. Nada más

11.-Árgoma / Árguma (De probable origen prerromano): Montañesismo.
Aulaga.

que siente las alas del gran pájaro, el chillar de las crías. A lo lejos, al pie de aquella colina con un cotorro erizado de piedra se ve la braña entre la bruma. La vista de la choza acurrucadita al socaire de una lastra le da ánimo para seguir corriendo. Pero no puede, no puede correr como él quisiera. El cuervo está ante sus ojos, subiendo y bajando, trazando círculos cada vez más estrechos. Entonces se detiene, levanta el cayado y le esgrime en el aire. Runfa¹² el palo lo mismo que la piedra de una honda. La lluvia rumorea en los escajos y en las rocas. Sigue el cuervo su revoloteo desesperado, cerca del movimiento de la cayada. Se aleja lanzando graznidos fuertes y vuelve a acercarse cuando el palo deja de moverse en el aire en una rotación presurosa. Aprovecha el niño los instantes en que el cuervo se aparta de la amenaza del cayado para seguir corriendo hacia la majada¹³. Una pequeña carrera y otra vez las alas batiendo ligeras, cerca de la frente del sarruján mojada de sudor y de llovizna. Más runfidos¹⁴ del palo, más aletazos furiosos. El cuervo está cansado. Sus movimientos van adquiriendo una lentitud de fatiga. Ya no se aproxima a la cabeza del niño, ni cuando el palo deja de moverse en el aire. Vuela despacio, a la altura de aquel fresno seco, de aquella cajiga solitaria, descortezada y hueca. El sarruján camina ahora más tranquilo. Ya está

12.- Runfar (Del lat. *runcare*, escardar): Montañesismo. Zumbar.

13.- En Cantabria, majada es el término castellano que sustituye a *sel*, montañesismo, espacio en el monte, acotado o no dependiendo de los valles.

14.- Runfido / -íu (Del lat. *runcare*, escardar): Montañesismo. Zumbido.

cerca de la braña, ya escucha el ruido del torrente. A los pocos instantes ve que el cuervo desciende con más furia. Sus alas se mueven con más rapidez que antes, su pico le parece más largo, sus ojos parece que están rodeados de unos cerquitos de lumbre. Vuelve el palo a runfar en el aire, a describir círculos rápidos para que el ave no se acerque. Unos graznidos más fuertes, unos aletazos más furiosos, más desesperados, como los manotazos de un hombre que se ahoga en el pozo del río. Parece que el cuervo no ve la amenaza del cayado, ni siente su zumbido. Se agita sobre la cabeza del niño en un vuelo torpe, cansado, débil, y cae en el atajo, a los pies del sarraján, con las alas quietas y el pico abierto...

El niño se alegra de su victoria. Allí está el padre de los corvatuelos, respirando con fatiga, con las alas en el barro amarillo del sendero. Se agacha y palpa sus plumas brillantes y las puntas agudas de su pico. El cuervo sigue inmóvil, en la arcilla mojada. Los ojos están abiertos y al sarraján le parece que le miran con una amargura desconocida; le parecen unos ojos humanos llenos de penas y de desconsuelos, a causa de unos maltratos, de unos dolores. Ahora siente mucha lástima de este pico abierto en el leve replano de la vereda, de estas plumas que la llovizna hace brillar más intensamente, de este jadeo de cansancio. Torna a encorvarse y acaricia las alas con suavidad, despacito. Su mano tiembla al pasar y repasar con lentitud la negrura

de las alas. Los ojos del ave se abren y se cierran. Poco a poco va olvidando el niño los pensamientos ufanos que ya le hacían oír los parabienes de los sarrujanes, la risa larga y jovial de su padre, las alabanzas de los vaqueros. Ahora nada más que escucha el jadeo del cuervo y los chillidos de las crías. Su mano sigue acariciando las alas lucientes. La bruma esconde la lomba, el cotorro erizado de la colina, la mancha del bosque. La mano del niño se ha detenido en las plumas y las aprieta tiernamente, con suavidad, como a una mejilla, como a la lana barcina del mastín, como el testuz de una vaca mansa, enferma... Su rostro se acerca más a la cabeza del cuervo y le mira con un sentimiento de compasión, de pena, de culpa que se deshace en pesar, en llanto, en una ternura repentina muy honda. Le tiemblan las mandíbulas, se arruga su frente ancha y morena, se contraen sus labios... Y comienza a llorar silenciosamente, con mansedumbre como en una aflicción de amarguras ajenas que entristecen nuestro ánimo antes contento y feliz. Caen las lágrimas en las alas negras como gotitas de lluvia caliente. Y lentamente, con suavidad, con delicadeza, coge al cuervo y le pone al lado de las crías, en el nido de percal de su blusa azul...

Otra vez están el cuervo y las crías en el nido del saliente puntiagudo de la peña, debajo de los arbustos. El niño desmiga el pedazo de borona¹⁵ de su merienda y las

15.- Borona (De or. prerromano): Montañesismo. Pan de maíz.

migas amarillentas caen en los picos abiertos, en los palos secos, en las yerbas del nial. Después acaricia de nuevo las plumas brillantes. Y se vuelve a la braña llorando, muy despacio, con la cabeza encorvada, con el palo debajo del brazo...

CUANDO MARCHAN LAS AVES

Tía Ascensión vivía sola, hacía muchos años, en aquel casal chico y pardo y viejo del camino de la herrería, entre el río y la finca de los avellanos. Muy moza aún, se había quedado viuda, una tarde al último vuelo de la cigüeña, cuando los últimos relumbres de sol en los cristales de la iglesia. Desde entonces empezó a querer con mucha ansia a los santos del retablo, a las estampas del Calvario, a los justos pintados en el vitral. Dejaba la rueca para coger el rosario, y cada ringlera de hoyos en el huerto, cada panoja desgranada, cada repaso en su saya negra, eran muchas avemarías por las ánimas de su casta, por el bien de la labranza y de los animales del establo, por los caminantes y los marineros.

Al amanecer ya estaba delante de aquellas verjas del humilladero antiguo, mirando al Cristo de castaño entre

flores y romeros secos, con un brazo desclavado y los pies sepultados en maleza de ortiga y de cardo. Allí iba consolando sus recuerdos, la pobre tía Ascensión, antes de que Dios echara a rodar la rueda del sol, antes de que el cielo se fuera manchando de humo y de milanos. Y al anochecer, cuando los amores al lado de las fuentes, cuando la campana toca muy triste y muy despacio, volvía allí, todavía con el sudor del resallo¹, de la azada o del coloño², a mirar la cara del Nazareno, cara de labrador viejo, flaco, que no está pensando en nada, que no recuerda pena ni fiesta.

Así todos los días con su azada, su acerico de merino con entraña de ceniza³, su rueca y su rosario, demandadero de las casas ricas, rezadora en los oficios de ánimas, amortajadora de niños y de doncellas, porque tenía las manos puras y estaba en gracia de Dios...

Sus legumbres, su borona⁴ y su cántaro la bastaban para vivir. Nada más que el huerto y la fuente, la masera y la

- 1.- Resallo / -u (Del lat. *sarculum*, azada): Montañesismo. Operación agrícola consistente en arroyar los surcos, realizada en junio.
- 2.- Coloño / -u (Del lat. *collum*, cuello): Montañesismo. Haz de leña, tallos secos o puntas de maíz, varas, etc. que puede ser llevado por una persona a la cabeza (sólo mujeres, según la tradición) o espalda (mujeres y hombres).
- 3.- El autor se refiere a un tipo de alfiletero o acerico de lana relleno de ceniza.
- 4.- Borona (De or. prerromano): Montañesismo. Pan de maíz, en su origen de mijo.

tarreña⁵, la sal y la lumbre, y aquella cestita de mimbres en que llevaba el grano al molino. Y el candil de hierro para leer, las noches del invierno, la vida de los santos o para remendar los chaquetones de los pobres que pasaban por el lugar sintiendo o fingiendo paciencia, penas. Pero ella no sabía nada del fingir y del engañar. Su aguja seguía haciendo caminitos de hilo, blancos y negros, en las capas, en las camisas, en las chaquetas. Y su voz nada más que tenía malva, paloma, corza, lirio, delante del Cristo del brazo desclavado y delante de la gente y mirando los nimbos y las túnicas, las sandalias y las rosas del vitral.

Pasaban los años y tía Asunción siempre tenía la misma voz para los santos y los pobres. Nunca se enojaba, ni cuando la llevaban los abadejos⁶ del huerto, ni cuando el molinero se excedía en la maquila⁷, ni cuando las vacas ajenas entraban en la haza⁸, con cerca de espino, que tenía al oriente de su casa.

Ella seguía su vida de risueña mansedumbre, solitaria y piadosa, conversando con los justos del retablo viejo, visitando a los niños y a las doncellas que se morían, bajando coloños de arbustos para la lumbre de los señores.

5.- Tarreña (Del lat. *terra*, tierra): Montañesismo. Cazuela de barro.

6.- Abadejo / -u (Del lat. *baleium*, escoba, por ser el níspero empleado con frecuencia como escoba): Montañesismo. Fruto del *abadejal* o níspero.

7.- Maquila: Medida de harina que le corresponde al molinero por la molienda.

8.- Haza es la porción de tierra labrantía o de sembradura, pronunciada *jaza* con aspiración patrimonial de /f-/ inicial de origen latino.

A veces en la época en que el cuco empieza a cantar⁹, recorría el monte, por la mañanita, con el rocío, y arrancaba yerbas y desenterraba raíces para el alivio de muchos males.

Después formaba hacecillos y los vendía en la villa los días de mercado. Y con lo que le daban por los hacecillos, compraba aceite para su candil, hilo para las remendaduras de los mendigos, aquellos cuadernillos de forro azul con historias de milagros, de condenaciones, de arrepentimientos, que vendía tío Abel, el ciego, el de las jaculatorias y el de los romances...

Su gozo estaba en estas cosas y en las fiestas mayores de la iglesia, cuando parecían más guapos y más relumbrantes los arameles de vidrio de las arañas. Entonces sentía como contento de moza buena en una jarana romera o como pasmo dulce de niña soñando con ángeles, con muchos vestidos nuevos, con montones de sortijas. Era su gran alborozo anual aquel chispear de tantas luces, aquel humo oloroso, aquel cantar de la flauta del campanero.

Así se iba haciendo vieja tía Ascensión en su casa parda del camino de la herrería, entre el río y los avellanares. ¡Cuántas capas había remendado ya! ¡Y cuántas torcidas de candil se habían consumido alumbrando las páginas

9.- El canto del cuco es considerado anuncio de la primavera.

de la vida de los santos, la chaqueta de un ciego, la bufanda de un lazarillo, una alforja, una saya, unos esarpines de sayal! ¡Cuántas veces había remudado la yerba de aquel cuarto del portal donde se quedaban los peregrinos, descalzos, con la penitencia de grandes leños al hombro, que iban a la ermita lejana de las Nieves!

Bajó, al atardecer, un cabrero y lo dijo como si tal cosa, lo mismo que si hubiera encontrado también cualquier cosa de las que no valen para nada: una cebilla¹⁰ rota, un pedazo de collera, un poco de lana en un escajo, una pluma de malvís en un romero...

-Allá arriba está una cigüeña con un ala medio rota.

Y la gente le oía también como cualquier cosa, como se oye a las urracas, el crepitar de la lumbre, el balido del carnero.

Pero tía Ascensión no le oía así. Pasaba por una calleja, anda, anda, con su paso menudo, llevando un cántaro rojo. Era tarde de marcha bulliciosa de golondrinas. Los

10.- Cebilla (Del lat. *fibella*, derivado de *fibula*, hebilla): Montañesismo. Collar de madera que cuenta con dos piezas, una en forma de U con un agujero en cada extremo, y otra que, introduciéndose en los agujeros, hace de cierre.

árboles habían cambiado su vestido verde por su vestido amarillo...

-Allá arriba está una cigüeña con un ala medio rota...

Se lo dijo el cabrero a tía Ascensión, después de beber en el cántaro rojo, mirando al cielo, a aquellas nubes que parecían cantos de río, juntos, muy apretados unos con otros.

-Está acurrucada, con el pico en la tierra, donde empieza el encinar...

Tía Ascensión siguió su camino, con su paso de oveja que ya se va cansando de tanto subir al monte. A la vuelta de la calleja, otro cabrero miró también al cielo, bebiendo en el cántaro, apoyada la punta del palo en el zurrón. Se iba llenando el atardecer de olor de borona a la que están quitando las brasas, la ceniza, la hoja de castaño que la guarece; olor de remudanza de cama de vaca, de helecho chamuscado.

Poco a poco el monte iba cambiando de color. El ala rota de la cigüeña empezó a ser para tía Ascensión un motivo de rezo y de lástima, como cuando llegaba a su portal, con el palo largo y las perneras polvorientas, un ciego joven

con su madre vieja de lazarilla; aquella pobre mujer que venía por la Pascua con su hijo tonto y mudo, tirando del cordelillo de esparto de una borrica flaca... Y se imaginó a la pobre cigüeña acuclada¹¹ en la tierra del monte, con el pico descansando en el polvo amarillo de la linde bajera del espinar, teniendo envidia del vuelo de los pájaros, sin poder volver a los cielos mejores de allá abajo, al nial de la torre. Y la dio alma y pesadumbre de persona caída en la nieve, de caminante perdido en la niebla, de doncella que no puede ir a la fiesta porque no tiene galas con que ir y ve cómo marchan las otras, cantando, al buen sol de los meses romeros... A todos se lo decía en el camino con su voz tímida de infeliz que pide una gracia, de niño con experiencia de penas que cuenta un cuento de tristeza:

-A la cigüeña se la ha roto un ala y no puede volver allá abajo... Está allí, en aquella varga, donde empieza el encinar...

Y señalaba con los ojos a aquella parte del monte por donde volvían los serradores en la primavera; por donde se iban los muchachos a ganarse la vida, lejos, para volver de hombres o para no volver. Todos se paraban un instante, miraban hacia el encinar, ya sumido en sombras, y seguían andando. Tía Ascensión también seguía andando

11.-Acuclado / -au, -ada / -áa (Quizá de la onomatopeya *cloc*): Montañésismo. Sentarse suavemente, acurrucarse, ponerse en cuclillas.

con su cántaro y levantaba de vez en cuando los ojos al sel¹² de las encinas, entre una coterá con cumbre aguda de piedra parda y un monte sin árboles, con negrura de árgomas¹³ y retazos bermejos de arcilla reseca. Así llegó a su casa, paso a paso de oveja que ya se cansa de tanto subir al monte. Y todavía, desde allí, desde la portilla del huerto, miró hacia la cuesta suave del encinar, ya solitaria y oscura, sin campanos, sin silbos, sin los topazos de las cabras. Después amasó su harina, aseló¹⁴ sus tres gallinas pedresas¹⁵, encendió su candil, corrió la estorneja¹⁶ de su ventano¹⁷...

Ya hacía rato que Nuestra Señora había echado a rodar la rueda de la luna por las cuestas estrelladas, entre las osas, las cabritas y los dragones de luceros.

- 12.- Sel (Del lat. *sedilia*, asiento, residencia): Montañesismo. Espacio acotado en el monte donde el ganado pernocta al cuidado de un pastor.
- 13.- Árgoma / Árguma (De probable origen prerromano): Montañesismo. Aulaga.
- 14.- Aselar (Del lat. *sedilia*, asiento, residencia): Montañesismo. Acomodarse, retirarse las personas a descansar.
- 15.- Pedresa: (Del lat. *petrensis*, lo que nace o vive entre peñas): Montañesismo. Raza de gallinas con el plumaje de tono grisáceo.
- 16.- Estorneja (Del lat. *tornus*, torno, buril, punzón): Montañesismo. Tarabilla de madera que sirve para cerrar puertas y ventanas.
- 17.- En Cantabria es frecuente encontrar divergencias de género respecto al castellano. En este sentido es significativa la tendencia a aplicar el género femenino a los árboles o la asignación de género femenino a términos como color, calor, puente o maíz. Asimismo, cabe destacar la diferencia en la relación de tamaño que introduce el género masculino, empleado para designar lo pequeño, y el femenino, reservado para lo grande.

En la memoria de tía Ascensión aleteaba la cigüeña del ala rota, mientras leía aquel episodio de San Francisco robando unas manzanas para un viejo que tenía sed en un camino largo. Pero la cigüeña no la dejaba en paz la atención. La parecía oír sus chillidos de miedo en lo duro de la linde, asustada por el ruido del torrente, por el aleteo de los pájaros que rondan toda la noche. Y pensó en las uñas de los azores, en los dientes de las raposas, destrozando las plumas negras, el pico rojo. San Francisco encaramado en el manzano se fue quedando dormido en el ánimo de tía Ascensión. No veía ya el camino largo por donde iba el viejo, aguantando la solanera, con un palo de enebro, contento como un niño por el consuelo de las manzanas. Nada más que veía a la cigüeña, acurrucada, temblando, con las alas húmedas de relente, en la soledad del lindero.

Todo el monte era en su pensamiento un ruido de tropel de zorros, de cárabos que se posan, de sigilos de rámilas¹⁸ acercándose a lo bajero del encinar. Y recuerdos de corderas perdidas allá arriba entre cierzo y peñas. Poco a poco se fueron apartando los ojos de los lombillos¹⁹ de las páginas, de aquellas pinturas que representaban una aparición de Dios en la umbría de un huerto, un ermitaño acariciando a un pájaro, un mozo repartiendo monedas

18.- Rámila (De origen prerromano): Montañesismo. Garduña.

19.- Lombillo / -u (Del lat. *lumbus*, lomo): Montañesismo. Montón de hierba que, cuando se siega, queda situado a la izquierda del segador diestro.

amarillas. En la calleja, el viento siempre tan rondador quitaba a los árboles la tristeza de las hojas secas...

Ya no es paso a paso de oveja que se va cansando de tanto subir el monte. Paso a paso de pastora que oye un gañar y unos balidos cortos y trises entre los altos helechos. Paso de cuando se va de pueblo a pueblo, de majada a majada, y se ve un cariz malo, negro, en las nubes...

Un gato montés brinca de una a otra parte del sendero y se pierde en el barroscal²⁰, hacia abajo, hacia donde se ve la luz del molino. De los brezales, bajitos, estremecidos, salen los rumores del monte en la noche; unos parecen arañaduras de hojas, gotas cayendo en un parche de pandereta, dedos haciendo chasquidos como cuando se baila, carracas lentas que suenan lejos, callan y vuelven a sonar. Otros parecen páginas que se van pasando deprisa, de cuero que se rasga, de cascabeles tocados en la mano cerrada, de golpecitos de palo en una hojarasca, de varazos en un arroyo. Y otros, de labios de niños que están aprendiendo a silbar, de dalles en lo alto oídos desde el valle, de siseo de mujeres en un portal.

20.- Barroscal (De origen desconocido, quizá prerromano): Montañesismo. Lugar donde se crían robles jóvenes.

Entre estos rumores los pasos de tía Ascensión, su anjeo²¹ suave, repecho arriba, por una vereda retorcida como un árgoma. Venía el viento y movía los picos negros de su pañuelo, las puntas largas de su manto, que ya iba cogiendo, de tan viejo, de tanta solanera de peregrinación a las ermitas, la color de las calderas de cobre.

Todavía no se había apagado la lumbre encendida por los pastores en la banda del poniente de la cotera chica. Y en la oscuridad, arriba, parecía como si se quemara algo en el cielo. Unas veces parecía que el torrente estaba cerca y otras que estaban lejos, según las pingorotas o los hondones del sendero y los caminos por donde venía el aire.

Una andada de tiro de piedra por entre el brezal y empieza la raya negra del encinar, con su rumor de muchas panojas que van deshojando unas manos acostumbradas, con su rumor de cascos de nuez removidos por un niño, suavemente, en una cesta de mimbres...

Tía Ascensión, apoyada en su palo de espino sin corteza, toma huelgo en la linde. Después siegue el surco largo de

21.- Anjeo / -u (Del lat. *oscitare*, bostezar): Montañesismo. Jadear, ansiar.

la sendera, entre el ribazo del encinar y el terreno de brezos y escajos que llega hasta abajo, hasta el río, desde las piedras de las lavanderas al caz del molino nuevo.

Venía el viento y sacaba del encinar un escarabajeo de sonajas en el aro de una pandereta sin parche. Y abajo, el río imitaba hervor de agua en una olla a la que un niño tapa y destapa por entretenerse, para ver cómo suena con la tapa, sin la tapa...

Anda, anda, como quien va en busca de consuelo o va a darle porque quiere mucho al alma que está sufriendo. Sube y baja el velorto²² de la lindera, hoyada como regato que se ha quedado seco, al pie de la ladera áspera de las pequeñas encinas, larga como tres tiros de onda de pastor que ya ha sentido muchas veces, muchas veces, el zumbar de la piedra.

Tía Ascensión ha vuelto a su paso de oveja cansada. Y en la negrura blanquea su palo pulido, blanquean sus medias de lana, blanquean sus cabellos. A veces se detiene y escucha encorvada, encogida, como cuando las visitas al Nazareno del brazo desclavado. Y sigue andando más despacio, más despacio, pasito de niña que va a sorprender

22.- Velorto / -u (De origen incierto, quizá prerromano): Montañésismo. Vara de avellano que después de cortada, todavía verde y flexible, se pisa en la parte inferior y se retuerce con la mano desde la superior, para ser empleada, una vez retorcida, como atadizo.

una conversación de tras niñas. Su palo se posa con suavidad en las carquejas, en las malvas, en los manzanilleros, en los retoños del escajo. Y de pronto, en el sitio donde la lindera es como una hoz para apartarse de las peñas, ve a la cigüeña, quieta, en socaire de tronco seco, rodeada de helechos verdes.

Entonces tía Ascensión se sienta en una piedra, como moza que guarda corderos, con los brazos cruzados y la punta del palo descansando en el delantal, entre las rodillas.

En su ánimo todo es apaciguamiento desde que vio la miaja inquieta de blancor en la cabeza de la cigüeña, al aire solano del tronco seco. Allí está ella para espantar al cuervo, a la rámica, al zorro. Ni garduñas²³ ni dientes destrozarán aquellas alas negras, aquel pico rojo como alfilerito²⁴ de doncella. El monte sigue con sus rumores de goteras, de rasguños, de sisibeo de mujeres en la iglesia... Aun rojea la lumbre que hicieron lo pastores en la coterica.

Tía Ascensión en el rejujo del manto, va contando los momentos de la noche con misterios de rosario, con el ramoneo de los rebaños de estrellas en la lomba negra del

23.- Garduña: En este contexto se está empleando con el valor de garra.

24.- Alfilerito / -u (Del hispano árabe *alhilál*, espina): Montañésismo. Alfilerito, acerico.

cielo... Y así está hasta que los coteros empiezan a vestirse de aurora, como dice el cantar de cuando se va a la fiesta de los pueblos del otro valle apenas se queda el aire sin el vuelo bajo del cárabo.

El monte muda de tonada al salir el sol. Ahora es como si el torrente y los arroyos estuvieran más lejos o corrieran más pacíficos, sin tanta algaraza. Vienen las ovejas, las cabras, las vacas, los perros barcinos, los leñadores, los pastores. Vienen de abajo los chirridos de las puertas de los establos, el repique de todos los majuelos²⁵ de los campaniles de la comarca, las voces del pobre Adrián, el loco manso, riñendo a los gorriones que se posan en su huerto, los gritos de los niños en la nogalera, el traqueteo del carricoche azul del renovero²⁶, el arrullo de las zuritas²⁷ saliendo del palomar... Y el monte es como una flauta que no se oye a causa de una riña de muchos hombres o de redoble de muchos tambores, de mucho halalí de turullos²⁸ de cuerno, de muchas sierras yendo y viniendo en un tronco...

25.- Majuelo / -u (Del lat. *malleolus*, badajo): Montañesismo. Badajo.

26.- Renovero: Vendedor ambulante.

27.- Zurita: Especie de paloma con plumaje ceniciento azulado.

28.- Turullo: Toque de cuerno de pastor.

Los rebaños suben por la ladera de los perujales²⁹ silvestres. Todo el monte es anejo de aire quitando las galas que vino regalando abril. Porque la primavera es pastora alegre y galana que todo lo borda. Y el otoño, pastor enfadado, rutón³⁰ que varea las hojas, el suelo, el bálago de las cabañas. Un cabrero toca su caracola imitando el barullo de la urraca. Otro sacude su pelliza de sayal verde...

Entre pequeños remolinos de hojas secas, tía Ascensión desciende lentamente con aire de cansancio y de tristeza. Su saya parece una gran amapola de huerto de romance, de las que envolvían los cuerpos menudos de las hadas, camineras buenas de los collados y de los valles.

Ya pasa la raya barcina del pernal³¹ seco, sin socaire de troncos, con caminejos rubios que se entrecruzan para ir a las majadas altas, al monte de los fresnos y de los abedules, a la lomba zarca desde la que se ve el mar.

29.- Perujal (Del lat. *pira*, pera): Montañesismo. Árbol que produce los *perojos* / *pirujos* o peritas de San Juan.

30.- Rutón (De la onom. *rut*): Montañesismo. El que *ruta* o refunfuña.

31.- Pernal (Del lat. *perna*, muslo y pierna juntos, en un animal): Montañesismo. Estribaciones del monte.

Un hombre sube con su hacha y su lazo de serda³² negra, brillante, cara al viento por donde vienen y se van las golondrinas y las alondras. Tía Ascensión habla desde la pequeña comba del ribazo. Su voz parece de peregrina que vuelve sin la gracia que fue a buscar:

-La cigüeña echó a correr cuando yo fui a cogerla... Bendito sea Dios que hace el camino de todas las intenciones... Yo anduve detrás de ella, pero corrió, corrió mucho y se me perdió de los ojos en el monte de los abedules y de las malezas... Bendito sea Nuestro Señor que da lo que conviene y niega la que quiere porque no nos quiere o porque nos quiere mucho.

El hombre se sonríe y sigue su sendero. Relucen al sol el filo del hacha, el lazo de serda negra, la saya larga, bermeja, con su borde de cinta amarilla.

El turullo de un pastor retorna monotonías, allá arriba, en la cotera chica. El viento se lleva unas plumas blancas, unas hojas de nogal y de romero... Se oyen los rumores del pueblo, los golpes del hacha en la leña, la salve de los niños arrodillados en el suelo de polvo de la escuela, la risa de una moza, unos picayazos³³ fuertes, secos, en unas piedras...

32.- Serda (Del lat. *cirra*, vellón, mechón de pelo): Montañesismo. Pelo grueso, duro y largo que tienen las caballerías en la cola y en la cima del cuello.

33.- Picayazo / -u (De *picaya*, cachava): Montañesismo. Golpe dado con la cachava.

Anda, anda, tía Ascensión llega a la puente. Se acerca un muchacho con sus vacas duendas³⁴, tan pariguales y tan rubias, tocando sus campanillas. La vieja se para de espaldas a la barandilla, con las manos en la vuelta pulida y luciente de su palo. Su voz es como de pobre que empieza a contar sus tristezas por los caminos...

-Mira a ver si encuentras a la cigüeña, hombre... Se me perdió de los ojos en el monte de los abedules... Cuando yo llegué a la raya de la sombra ya estaba ella allá arriba... Mira a ver si la encuentras, hombre. Te dejaré subir al mi cerezal cuando llegue el tiempo de los buenos colores en el huerto...

Sigue el muchacho su camino, sonriente, diciendo que sí, arrastrando su vara de avellanar, la mitad desnuda, blanca; la otra mitad, con corteza. Canta el río muy vivaracho, en sus rabiones blancos. Una niña, sentada a la orilla, mira las burbujas de la corriente...

-Mira a ver si la encuentras... Subió por la parte del vendaval... Te daré unas rosas guapas que tengo en la alacena...

La puente se queda atrás, desierta, con sombra de alisos en los que cantan los verderones. Toda la calleja está

34.- Duendo / -u, -da (Del lat. *domitus*, domesticado): Montañesismo. Domesticado, manso, doméstico, referido a una vaca o novillo.

pintada de sol. Una voz de lavandera dice alabanzas a las estrellitas del cielo que son los agujeros por donde mira Dios. Jarana de mozas que vuelven del molino, guapas de percales del color de la yesca recién cocida, de panoja verde, de flor de cardo...

Ya se ve la casa de tía Ascensión, bajita, como cuclillas de piedra a la orilla del campo, como si se hubiera ido agachando angustiada de sol, de nieves, de vientos. Está allí solitaria, morena, un poco entornada hacia el poniente, con yerbas altas en los surcos del tejado, con su chimenea gris, rota, con su corredor torcido, color de ceniza clara...

GLOSARIO DE MONTAÑESISMOS

Abadejo / -u (Del lat. *baleium*, escoba, por ser el níspero empleado con frecuencia como escoba): Fruto del abadejal o níspero.

Acuclado, -au, -ada, -áa (Quizá de la onomatopeya *cloc*): Sentarse suavemente, acurrucarse, ponerse en cuclillas.

Alfilerero / -u (Del hispano árabe *albilál*, espina): Alfilerero, acerico.

Anjeo / -u (Del lat. *oscitare*, bostezar, tener la boca abierta): Jadear, ansiar.

Árgoma / Árguma (De probable origen prerromano): Aulaga.

Aselar (Del lat. *sedilia*, asiento, residencia): Acomodarse, retirarse las personas a descansar.

Atotogado / -au (Quizá de or. prerromano): Arrebujado.

Barrosal (De origen desconocido, quizá prerromano): Lugar donde se crían robles jóvenes.

Borona (De or. prerromano): Pan de maíz.

Braña (Del lat. *veranum tempus*, tiempo primaveral): Pastizal de altura donde el ganado sometido a régimen extensivo pasa los meses cálidos de primavera y verano al cuidado de un pastor.

Cebilla (Del lat. *fibella*, derivado de *fibula*, hebilla): Collar de madera que cuenta con dos piezas, una en forma de U con un agujero en cada extremo, y otra que, introduciéndose en los agujeros, hace de cierre.

Coloño / -u (Del lat. *collum*, cuello): Haz de leña, tallos secos o puntas de maíz, varas, etc. que puede ser llevado por una persona a la cabeza (sólo mujeres, según la tradición) o espalda (mujeres y hombres).

Duendo / -u, -da (Del lat. *domitus*, domesticado): Domesticado, manso, doméstico, referido a una vaca o novillo.

Estorneja (Del lat. *tornus*, torno, buril, punzón): Tarabilla de madera que sirve para cerrar puertas y ventanas.

Lomba (Del lat. *lumbus*, lomo): Loma.

Lombillo / -u (Del lat. *lumbus*, lomo): Montón de hierba que, cuando se siega, queda situado a la izquierda del segador diestro.

Majuelo / -u (Del lat. *malleolus*, badajo): Badajo.

Nidal / Nial / Ñal (Del lat. *nidus*, nido): Nido.

Pedresa: (Del lat. *petrensis*, lo que nace o vive entre peñas): Raza de gallinas con el plumaje de tono grisáceo.

Pernal (Del lat. *perna*, pierna y muslo juntos, en un animal): Estribaciones del monte.

Perujal (Del lat. *pira*, pera): Árbol que produce los perojos / pirujos o peritas de San Juan.

Picayazo / -u (De *picaya* y este término, quizá, de las picaduras labradas con que se suelen adornar las cachavas “picadas”): Golpe dado con la *picaya* o cachava.

Quima (Del griego *kyma*, ola, onda, vía latín *cyma*, cima, culminación): Rama de árbol.

Rámila (De origen prerromano): Garduña.

Resallo / -u (Del lat. *sarculum*, azada): Operación agrícola consistente en arroyar los surcos, realizada en junio.

Runfar / Runflar (Del lat. *runcare*, escardar): Zumbar.

Runfido / -íu, Runfido / - íu (Del lat. *runcare*, escardar): Zumbido.

Rutón (De la onom. *rut*): El que *ruta* o refunfuña.

Sarruján (Quizá del latín *sub-regere*, no en el sentido de surgir, sino en el de regir de modo subordinado, aunque esta etimología no es del todo convincente): Niño que trabaja como ayudante de pastor.

Sel (Del lat. *sedilia*, asiento, residencia): Espacio acotado en el monte donde el ganado pernocta al cuidado de un pastor.

Serda (Del lat. *cirra*, vellón, mechón de pelos): Pelo grueso, duro y largo que tienen las caballerías en la cola y en la cima del cuello.

Tarreña (Del lat. *terra*, tierra): Cazuela de barro.

Velorto / -u (De origen incierto, quizá prerromano): Vara de avellano que después de cortada, todavía verde y flexible, se pisa en la parte inferior y se retuerce con la mano desde la superior, para ser empleada, una vez retorcida, como atadijo.



GOBIERNO
de
CANTABRIA

CONSEJERÍA DE MEDIO AMBIENTE



LIBROS DE SABLE, 1